



Pablo Ortega Martín
Fundador y Presidente
Honorífico de la
Asociación del Corzo Español

Armas y equipo para la caza del corzo a rececho

Para disfrutar de esa experiencia en toda su intensidad hay que cazar lentamente, asomando a cada recodo del monte, a cada claro que se adivina, a cada revuelta de la cañada, con sigilo de predador al acecho. Haciéndolo así, en cualquier momento, inexplicablemente ajeno a la presencia del cazador y tan cerca que parecerá mentira, le sorprenderá la aparición de un corzo mordisqueando golosamente los tiernos brotes de una zarza.

Pero, para lograr una adecuada aproximación y alcanzar a saborear la cacería en toda su intensidad, es necesario contar con la ayuda del equipo adecuado.

Para la caza del corzo a rececho, y en lo relativo a vestimenta, debe utilizarse ropa cómoda y adecuada a la época del año de que se trate. Las prendas deberán ser poco llamativas y, sobre todo, “sor-

das”, es decir, que con el roce al andar o moverse entre el monte hagan poco o ningún ruido. Pantalones de pana o *loden*, jerseys de lana y chaquetas tipo forro polar son lo ideal, debiendo descartarse por su escandalosa sonoridad los chaquetones o pantalones encerados, aunque, dado que con frecuencia cazaremos en primavera y en zonas montañosas, no se debe dejar de tener presente la posibilidad de chaparrones imprevistos. Por ello, y como las prendas impermeables son excesivamente ruidosas, un simple chubasquero de bolsillo en el macuto servirá para cubrir esta eventualidad.

Las ropas de camuflaje (tipo *Mossy Oak* o similares), utilizadas originariamente por los arqueros y cada vez más extendidas también entre los recechistas de rifle, son en general de alta calidad y proporcionan ventajosas prestaciones al cazador, tanto por su mimetismo como por su escasa o nula sonoridad, pues están diseñadas y fabricadas para facilitar el acercamiento hasta distancias muy cortas de las piezas, como las que requiere la caza con arco.

Las botas, como para cualquier otra modalidad cinética que requiera andar, se escogerán cómodas y bien adaptadas al pie. Debe tenerse en cuenta que, hasta bien mediado mayo, aún cuando no haya llovido durante semanas, en muchas zonas de la mitad norte de España los prados, siembras y pastizales aparecen por la mañana cubiertos de un denso rocío que acaba calando hasta las botas de *Gore-Tex* más reputadas. El cazador experimentado escogerá entonces para los recechos matutinos en estas fechas unas buenas y simples botas de agua que cambiará, a la tarde, por otras de altura tobillera, buen cuero o loneta (según las épocas) y suela blanda, poco ruidosa. Este último extremo –la dureza y consiguiente sonoridad de la suela- debe considerarse en detalle y tomarse una decisión que dependerá siempre del tipo de terreno a cazar. Si se trata de zonas de montaña, donde habitualmente se descubre y tira a la pieza a media o larga distancia, el agarre y seguridad del calzado primarán sobre su sonoridad, escogiéndose entonces suelas tipo *Vibrant*, algo duras pero inmejorables para afianzar bien la pisada en suelos difíciles. Si, por el contrario, se va a recechar en terrenos suficientemente amables, o incluso a recorrer caminos de piedra o grava recechando cultivos, a cruzar pinares con escaso sotobosque o a bordear las lindes de manchas de monte aisladas, deberá tomarse la opción del calzado más mullido y silencioso que se encuentre, superando en estas circunstancias –razones estéticas aparte- unas simples zapatillas de deporte a la mayoría de las botas específicamente “de caza”. Una buena solución de compromiso para cubrir cualquier eventualidad es llevar en el macuto unos escarpines de goma (como los que se usan los *surfistas*), de suficiente tamaño para recubrir con ellos las botas una vez alcanzada la zona que pretendemos recechar.

Respecto del equipo, no pueden faltar en la mochila –que debe tener holgura suficiente para transportar un corzo bien aviado en su interior- una navaja de buen corte, loción –más efectiva que el *spray*- antimosquitos, una pequeña linterna de bolsillo, un rollo de cuerda o cordel, un paquete de pañuelos de celulosa, la cámara de fotos, unas medias de lana de repuesto y, por razones de seguridad, el teléfono móvil; aparte, por supuesto, de toda la documentación de caza necesaria (guía del arma, licencia de caza, permiso de armas, seguro obligatorio, precinto y autorización del titular del coto –no en todas las autonomías-, etc.). Una brújula nunca sobra, y otros adminículos como báscula o dinamómetro, guantes de látex, cinta métrica o ficha de campo sólo serán necesarios para aquellos cazadores cuyo interés por la especie trascienda de la mera captura. Algún saco de plástico de suficiente resistencia y tamaño nos facilitará transportar el cuerpo del animal en el interior de la mochila sin poner ésta y su contenido perdido de sangre y pelos.

En relación con los elementos auxiliares de observación (prismáticos y catalejo) debe insistirse en su vital importancia, por lo que no se escatimará a la hora de su adquisición. Binoculares de primeras marcas, ligeros y revestidos en goma, con elevado índice crepuscular, y aumentos entre 8 y 10, serán la elección adecuada. Respecto del catalejo, a pesar de ser un elemento caro, proporcionalmente pesado y muchas veces de enojoso manejo (por la dificultad de encontrar en el momento adecuado un buen apoyo), puede decirse que resulta utilísimo para juzgar con precisión a distancia a un ejemplar, ahorrándonos en muchas ocasiones aproximaciones y esfuerzos inútiles. De optarse por su compra, se escogerá así mismo de las mejores –a la vez desgraciadamente las más caras- marcas del mercado, y preferiblemente estará dotado de aumentos variables (entre 20 y 50).

Las armas deberán ser proporcionadas, en su calibre, al tamaño y vitalidad del corzo, debiendo desecharse –por ética y estética- calibres excesivos. Aunque haya cazadores que prefieran garantizar la cobra del trofeo a cualquier precio, y que por ello opten por tirar al corzo con calibres tan excesivos como el .300 Win. Mag., personalmente considero que resulta bien triste, para cualquiera que tenga cierta sensibilidad, acercarse al fin al ansiado ejemplar, abatido tras horas o días de persecución, para encontrarse, en vez de con un bello animal que contemplar, acariciar y fotografiar, con un sanguinolento cadáver con los bandullos fuera o con algún miembro hecho zancajos por el balazo.

Calibres de buena rasante y adecuada energía (entre 2.000 y 3.000 julios a 100 m.), como el 22/250 R., el .243 Win., el 6,5x57, el 270 Win., y –ya rozando el límite de lo adecuado- el 7x64, el .308 Win, o el .30-06 –con sus pesos de bala más ligeros en los últimos casos-, componen la panoplia entre la que debería realizarse la elección. Las armas ideales son los rifles de cerrojo o, mejor aún,

por su ligereza, estética y deportividad, los “monotiro”, dotados en todo caso de un visor de alta calidad, con buena luminosidad e índice crepuscular (pues en bastantes ocasiones habrá que disparar en malas condiciones de luz) y, preferiblemente, aumentos variables.

Si bien es cierto que el corzo contra la general creencia- no es en absoluto blando, y tiene una vitalidad sorprendente (cualquiera que lo haya cazado con cierta intensidad tiene en su memoria animales heridos perdidos lastimosamente), sin entrar en consideraciones balísticas, desde mi propia experiencia de casi treinta años tras ellos puedo afirmar que se los abate mejor con calibres medianos o pequeños (con el mínimo 22-250 caen “más muertos”, por ejemplo, que con el 30-06). La utilización de calibres más grandes que los anteriormente mencionados tiene, en mi opinión, tan sólo justificación en los casos –bastante habituales, por otra parte- en que no sea sólo el corzo el posible objetivo de la cacería, sino que exista durante el


rechecho la posibilidad de disparar sobre otras especies mayores (el jabalí, por ejemplo).

Es verdad que los calibres pequeños resultan más sensibles a la influencia del viento y a la posible desviación de la bala por causa del choque con hojas, ramitas o cualquier otro elemento vegetal que pudiera interponerse en su trayectoria. La distancia de tiro, sin embargo, en el caso del rechecho del corzo, no suele ser excesiva (entre 50 y 150 m. habitualmente), por lo que la influencia del viento no resulta tan relevante como en las cacerías de alta montaña; y el segundo de los problemas se obvia con cierta facilidad evitando disparar a través de matorrales o cuando el corzo se encuentra parcialmente cubierto por hierbas o cereales.

A cambio de estos pequeños inconvenientes, puede afirmarse que el disparo con calibres ajustados tiene como consecuencias una mayor precisión de tiro y mejores agrupaciones en la inmensa mayoría de los cazadores, mejorando así su categoría como tiradores. Esta mejora se deriva del relajamiento físico y

la comodidad mental que proporciona el saber que se dispara con un calibre gentil, que no da coces, lo que evita el gatillazo y el encogimiento que casi todos –salvo los muy expertos- subconscientemente realizamos al apretar el gatillo de un rifle de grueso calibre. Y, sin duda, se cobra mejor un corzo con un balazo del 6,5x57 en el codillo que otro con un tiro del .300 Win. Mag. en un jamón.

En todo caso, y en pro de la necesaria precisión y exactitud en el tiro, debe procurarse siempre disparar con buen apoyo, que puede lograrse bien mediante una vara, la consabida mochila (que deberá ir para ello previsoramente bien repleta de ropa mullida), o bien mediante los útiles y eficacísimos bípodes *Harris*, acoplados al arma, que permiten, tan pronto se tiene una cierta práctica, ejecutar con éxito disparos a distancias increíbles.■



Para lograr un tiro preciso debe procurarse un buen apoyo